

Introducción

AÑO DE LA FE: RECORRER EL CAMINO

Las medidas de tiempo dependen tanto del Sol como de las estrategias de supervivencia del hombre: un día, un mes, un año... se miden por los giros de la Tierra en torno a su estrella principal, pero también por la necesidad humana de compartimentar el peso y el esfuerzo del vivir. Con plazos, se soporta mejor el desgaste necesario para alcanzar los empeños que se persiguen; se distribuye más eficazmente la experiencia del sufrimiento; se prepara con acierto el momento en el que lo agradable termine. Esa es la razón por la que los periodos de tiempo van acompañados de esperanza, de paciencia, de ilusión, de temor, de vida.

Un «año de la fe», como el que ha convocado Benedicto XVI, ¿qué significa? La fe no es un producto de temporada, como las cosechas, ni un resultado de factores poderosos pero impersonales que se producen con osci-

laciones, como ocurre, por ejemplo, con los mercados o los sondeos de opinión. Lo mismo que sucedería con un hipotético «año de la respiración», o «de la salud», un año de la fe no puede significar el comienzo de algo que antes no se hacía ni el intento de conseguir un *hit* en su difusión. La fe, como la vida, no es intermitente: si se interrumpe, muere. Tiene sentido, en cambio, dedicar un periodo de tiempo pleno, como un año, en el que se completa esa imagen de la vida que es el ciclo solar, a centrar la atención y el esfuerzo necesarios en redescubrir lo que significa *creer en Jesucristo*, y a considerar el estado de la fe cristiana en nuestro mundo y en nuestra Iglesia. Lo comprendemos mejor si acudimos a la ayuda de los verbos que indican movimiento y acción. En el año de la fe, se trata de revisar, ajustar, corregir, renovar, animar, recomenzar, descubrir, sacar brillo... y, sobre todo, comprender mejor, para vivir más plenamente nuestra existencia de creyentes en Jesucristo en el seno de la Iglesia. Y, al hacerlo, dar un testimonio más claro –palabra y ejemplo– de la esperanza de nuestra vida.

La fe es compañera del vivir y no es pensable un tiempo en que no se crea, del mismo modo que no es imaginable una vida a ratos. Sin embargo, a estas alturas no han faltado personajes que afirmaron lo contrario. El viejo Auguste Comte, en el XIX, dejó un esquema evolutivo muy simple que, aun con ropaje distinto, sigue vigente en nuestro tiempo. En sustancia, afirmaba que la edad infantil de la humanidad se caracterizaba por ser religiosa.

En la madurez del género humano se abandonarían las creencias infantiles de la religión, para pasar, primero, a una edad filosófica, y finalmente, a una edad positiva, una edad de datos y hechos. La fe, en este supuesto, sería un producto característico de una temporada, la de la infancia de la humanidad que no ha accedido todavía a la razón positiva que conoce, controla y domina los fenómenos.

El elemento característico de la edad religiosa serían los misterios, que se aceptan «infantilmente», porque otras personas dotadas de autoridad los afirman. El creyente sería una persona que renuncia a atenerse a su propia razón y experiencia, y somete su capacidad de conocer a una revelación divina llena de «misterios». Los misterios, según esa interpretación, irían directamente contra la razón y el conocimiento experimental, a los que cierta mentalidad «moderna» considera como las únicas puertas para acceder a la realidad. De esta manera, los misterios se convierten para esa mentalidad en los argumentos clave para construir un rechazo de la fe.

El año de la fe es un tiempo de examen de nuestra situación, un tiempo para adquirir una conciencia más clara de lo que significa creer —de la *aventura de creer*— desde un punto de vista humano, y, muy particularmente, un tiempo para alcanzar un conocimiento más verdadero del contenido de la fe revelada en y por Cristo. Lo que Dios ha revelado es «el misterio de su voluntad mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen

consortes de la naturaleza divina» (*Dei Verbum*, 2). Así que es verdad que el contenido de la fe son, fundamentalmente, los misterios de Dios revelados en Cristo. Pero lejos de contaminar la madurez racional del hombre y de la humanidad con realidades inconsistentes, la fe y el conocimiento de los misterios se muestran como un camino de comprensión de toda la realidad, inimaginable para cualquier otra instancia de conocimiento, porque permite el acceso a la totalidad de lo real y, específicamente, de lo humano, sin encorsetamientos ideológicos o prácticos. Por esa razón, el año de la fe es una invitación –quizás una exigencia interior– a recorrer el camino con conciencia de peregrinos: de peregrinos de la fe.

MISTERIOS CRISTIANOS: ESA LUMINOSA OSCURIDAD

En 2005, la revista de divulgación científica *New Scientist* publicó la lista de trece misterios todavía sin resolver por los científicos. El efecto placebo, la energía oscura, la fusión fría y la existencia o no de metano en Marte eran algunos de ellos. Se les llama misterios porque, a pesar de haber dedicado muchos esfuerzos a su estudio, todavía no se ha hallado una respuesta convincente al problema que plantean. Subrayemos el *todavía*, ya que se tiene la certeza de que la explicación acabará siendo desvelada. El desafío de descubrir la solución a esos misterios es un acicate añadido al trabajo de los científicos,

que saben que lo que buscan está ahí aunque de momento no lo hayan encontrado.

No es cierto, por eso, que el hombre rechace la existencia de misterios. Al contrario, los reconoce abiertamente. Claro está que se trata de misterios con un significado débil, porque se espera que las cosas cambien y que, sin tardar demasiado, dejarán de serlo, como en el caso de los «misterios» de la ciencia.

Hay además otros misterios, quizás menos respetables, que confinan con lo esotérico y lo para-normal, que con frecuencia son campo abonado para la acción de charlatanes, brujos, médiums... y para un pingüe negocio que se alimenta de los anhelos y temores de personas inermes ante lo desconocido. Estos misterios no pueden ser tomados en serio por hombres y mujeres maduros. Pero, paradójicamente, la existencia de todo ese mundo pone de manifiesto algo que merece atención: más allá de lo que llamamos *normal*, existen aspectos de la existencia humana para los que no hay respuestas «normales», porque corresponden a un fondo de la realidad que se nos escapa. De ese fondo de la realidad brotan preguntas esenciales que interesan mucho a las personas, hasta el punto de que las posibles respuestas son valoradas por encima de cualquier otra cosa. El futuro, la salud, la enfermedad y la muerte, las relaciones amorosas, el más allá... son algunas de esas cuestiones radicalmente interesantes y humanas a las que la ciencia no es capaz de ofrecer una respuesta. Por ese motivo, los tiempos de dominio abso-

luto de lo científico son, a la vez, tiempos en los que las supersticiones experimentan un mayor desarrollo. La razón es clara: si la ciencia tiene la pretensión de explicarlo todo, pero se descubre que hay algo más allá de lo que la ciencia explica, se buscan modos no científicos ni racionales de comprender ese fondo no sometido a la ciencia –no científico– que, curiosamente, es con frecuencia lo más propiamente humano.

Existen finalmente los misterios en sentido religioso, que tienen que ver con la realidad de lo divino y su necesaria conexión con lo humano: el origen absoluto del cosmos, la finalidad de lo que existe, la conciencia del bien y el mal, el final y destino último de las cosas... Son cuestiones que reciben más o menos luz según el modo en que se piense a Dios. En un contexto explícitamente cristiano, el misterio y los misterios de Dios son accesibles gracias a la autocomunicación de Dios a los hombres, a la revelación de Dios en Cristo, que es acogida por la fe. Los misterios cristianos han sido –y siguen siendo– los más combatidos por algunos filósofos y científicos que no quieren aceptar que dichos misterios pretendan iluminar radicalmente lo humano, que no se reduzcan a dar consuelo o a darnos información sobre lo divino.

A partir de lo que precede, se pueden señalar algunas cuestiones que tienen que ver, de una manera u otra, con los misterios. La primera de ellas es la relación entre el *conocimiento* y los *misterios*, ya que, al menos conceptualmente, establecen límites mutuos: donde hay conoci-

miento no hay misterio, y viceversa. Claro que en este *viceversa* hay ya un problema, porque, para algunos, más allá del conocimiento no hay nada.

Esto lleva a la segunda cuestión, que es, nada menos, la que tiene que ver con la *realidad* y el *conocimiento* que se tiene de ella. La relación entre lo real y el conocimiento —la verdad, en último término— es el problema fundamental de la filosofía, que tiene derivaciones antropológicas y existenciales inmediatas, lo cual, a su vez, nos conduce a la cuestión de cómo comprender al hombre: su modo de ser y de conocer, su relación con el mundo y con los otros, la estructura de su subjetividad, la pregunta por el sentido de la existencia. A partir de esas cuestiones, y de ningún modo separado de ellas, se abre o se bloquea el camino para hablar de Dios y de su misterio: o se considera fuente luminosa de todo lo que existe, o se afirma que es el sueño ilusorio de unos naufragos condenados a la oscuridad.